

# El «trágala» constitucional

La primera Constitución liberal española (la de 1812) se tramó y redactó por unas Cortes sediciosas en ausencia del rey, aprovechando su cautiverio por Napoleón.

De ella escribió Menéndez Pelayo: «Del abstracto y metafísico fárrago de la Constitución, pocos se daban cuenta ni razón clara, pero todos veían que, con sancionar la libertad de imprenta y abatir el Santo Oficio, había derribado los más poderosos antemurales contra el desenfreno de las tormentas irreligiosas que, hacía un siglo, bramaban en Francia.» «Que esa Constitución era tan impopular como quimérica han de confesarlo hoy cuantos estudien de buena fe aquel período. Que el pueblo recibió con palmas su abolición, es asimismo indudable.»

Tras su anulación por el rey, la Constitución de 1812 trató nuevamente de ser impuesta seis años después por el coronel Riego en su desertión militar al frente de un ejército que estaba destinado a poner orden en la América española cortando las insurrecciones movidas por los ingleses y las logias masónicas. «Un motín militar —escribía el mismo Menéndez Pelayo— vergonzoso e ircalificable, digno de ponerse al lado de la desertión de don Oppas y de los hijos de Witiza, vino a dar no rápida ni inmediatamente el triunfo a los revolucionarios.»

Con tan nobles orígenes, la Constitución contaba ya para estas fechas una oposición tenaz y consciente por parte de los españoles fieles a su fe y a su historia. Por lo mismo, su reposición vino ya con aires jactanciosos y violentos por parte de sus patronos, liberales y masones (los antiguos «afrancesados»). En seguida daría lugar a la guerra llamada «de la Constitución», la primera de nuestras luchas civiles. De aquella época eran las coplillas con música machacona y desafiante que se llamaron el «Trágala» y el «Himno de Riego».

La primera decía:

*Trágala y muere,  
Tú, servilón,  
Tú que no quieres  
Constitución.*

(*Servilón* significaba en el lenguaje liberal de la época lo mismo que *facha* en el lenguaje rojo de hoy: aquel que permanece fiel a su fe y a su tradición patria.)

La otra coplilla vejatoria, «para molestar», fue el famoso «himno de Riego». En su última versión tenía otra letra:

*Si los curas y frailes supieran  
La paliza que les van a dar  
Subirían al coro gritando  
¡Libertad, libertad, libertad!*

(Tan inverosímil fue que esta vil musiquilla llegase a *Himno Nacional* en la segunda *República*, como lo es hoy que curas y frailes, sin mayor amenaza, suban alegres al coro a cantar ¡Libertad, libertad, libertad! Bajo los vientos de la revolución todo es posible.)

Yo sugiero que cuando, después de hacernos *tragar* una Constitución sediciosa, atea, ilegal, mediante el «lavado de cerebro» televisivo y los «ordenadores unidos», y cuando, puestos todos los demás medios necesarios, se consiga hacer verdad eso de

*España, mañana,  
Será republicana,*

se adopte, como el más adecuado *Himno Nacional*, el «Trágala» de nuestros primeros y ya remotos revolucionarios. Sería como cazar viva a la musa misma del constitucionalismo liberal. Tal vez podría retocarse ligeramente la primitiva letra:

*Trágala y muere,  
Tú, español,  
Tú que no quieres  
Constitución.*

RAFAEL GAMBRA